

Habla su biblioteca

Novedades de la biblioteca "Florentino Idoate" de la UCA

Un empuje triunfal por la puerta abierta: El paso efímero y tempestuoso a la privatización del tiempo

KATHERINE MILLER

Directora de Asuntos Culturales

¿A quién pertenece el tiempo? Por cierto, en nuestros días el tiempo no es sin costo ni sin dueño. Sin embargo, la cultura que rodea un determinado concepto del tiempo asume diferentes formas y concepciones en distintas épocas.

Sombras de estas distintas percepciones y visiones del tiempo interno y psicológico en la memoria de una cultura pueden encontrarse contrapuestas a una concepción actual de la venta, compra, alquiler e hipoteca del tiempo. Estas contraposiciones contienen el potencial de causar tensiones entre el tiempo interno cultural de un pueblo y la transición y desarrollo necesario para el crecimiento de una economía.



Así que, los conflictos entre diferentes concepciones del tiempo pueden causar enormes resonancias culturales, especialmente si la resistencia contra la parcelación y medición del tiempo por medio de nuevas fórmulas se lleva a cabo simultáneamente con la expansión de las economías en sociedades y naciones en vías de desarrollo.

Las transformaciones paulatinas pero revolucionarias en el concepto de la cultura que rodea un concepto del tiempo son, viendo la historia occidental, parecidas a los casos históricos de sociedades europeas durante las épocas medievales. Estas sociedades pasaron por multitud de transiciones que las llevaron desde ritmos agrícolas hacia la obligada aceptación de la compra, venta y alquiler del tiempo en un concepto del tiempo amarrado a relojes ajenos o extranjeros. Estos estimulaban ansiedades que desembocaban en la organización de resistencias contra este paso efímero y tempestuoso a nuevas y diferentes formas del tiempo. Este es, precisamente, el caso de la Cristiandad en Europa Occidental en la Edad Media, que nos puede servir aquí como espejo, aunque oscuro y enterrado, para conocer y analizar a los tiempos actuales.

Examinar a los tiempos actuales por medio del estudio de otras culturas en otros tiempos obliga a uno tomar nota de la acumulación de cambios y resistencias a cambios que hay en este espejo cultural enterrado, especialmente si las

transiciones históricas implican el movimiento desde el campo hacia una situación urbana como se puede ver, digamos, en el surgimiento de las ciudades en los siglos VIII en adelante en la Cristiandad (que se transformará en Europa).

Estas mismas transiciones implicaban tensiones comerciales, sociales políticas y psicológicas porque se daban simultáneamente con el paso desde un nacionalismo angosto a la posibilidad de relaciones comerciales internacionales. Esquemas del tiempo, cálculos y costo del tiempo concomitantes con los monopolios y tratados de libre comercio presentaron ocasiones para tumultos extraordinarios al nivel de todo el Mar Mediterráneo. En nuestro modelo medieval, durante los siglos XIV hasta XVII, se vislumbran estos tumultos entre, por ejemplo, Constantinopla, la Reina de Ciudades en la esfera de la cultura griega en Bizancio en el este del Mediterráneo, en sus relaciones comerciales con Génova o con la República Serenísima de Venecia en la latinidad de la esfera de Roma. El choque entre esquemas distintos del tiempo fue la ocasión de serias fricciones por sus implicaciones culturales, comerciales, políticas y religiosas. Estas son unas de las razones por las que Shakespeare nos dice que Antonio, el Mercader de Venecia, siempre está deprimido y ansioso.

A través de la historia occidental, ha habido rupturas y brotes insurreccionales relacionados con

los cambios en las concepciones culturales del tiempo que fueron percibidos como imposiciones de otras culturas y que implantaban, forzosamente, distintos cálculos del tiempo y su medición.

Hay momentos históricos que nos pueden servir como ejemplos y paisajes de transiciones, manantiales culturales desde los cuales podemos examinar momentos parecidos a los que experimentamos ahora en *real time*. Pasaremos a ver algunos de estos momentos y puntos en el tiempo en el proceso de su privatización desde la Antigüedad Tardía en Occidente. Estas transiciones nos ofrecen reflejos y resonancias que reconoceremos, especialmente en países con economías basadas en la agricultura que actualmente están en vías del desarrollo.

Comenzamos con la visión del tiempo que es la base de la cultura del Occidente. Es el concepto de uno de los grandes Doctores de la Iglesia, San Agustín de Hipona, quien, por su enorme influencia, nos transmitió el concepto ortodoxo del tiempo (entre todas las demás de sus influencias) a nuestras vidas e instituciones hasta el siglo XXI.

En los escritos de San Agustín, entonces, examinaremos los conceptos cristianos y europeos del tiempo: la naturaleza y duración del tiempo como fenómeno cultural entre el período de transición desde una sociedad de agricultores en la Antigüedad Tardía desde el primer siglo A.D. y

lo que es popularmente denominado el tiempo eminentemente urbano de los Renacimientos europeos; es decir, entre los tiempos y escritos de San Agustín en el siglo IV hasta los tiempos y escritos de Francisco Suárez, S.J. en el siglo XVII.

En este período de trece siglos, ocurre un desarrollo en los yacimientos culturales subterráneos que almacenan la concepción del tiempo en toda la civilización occidental.

La manera de establecer la fecha en el mundo cristiano en los tiempos después de San Agustín era enumerar los años desde la Encarnación: *anno domini* (en el año de Nuestro Señor). El tiempo es la medida utilizada en el mundo creado por Dios (i.e., temporal), pero no así en la eternidad (i.e., *aeternitas*).

En el mundo temporal de los hombres y mujeres de esta tierra en los terrenos del norte y sur de la Cristiandad en la Antigüedad Tardía, se trataba de una noción del tiempo como flujo suave y continuo. Así como en la aseveración de que la paz pertenecía al rey (*The King's Peace*), fue el caso que el tiempo pertenecía solo y únicamente a Dios. Por lo tanto, teóricamente, se prohibía la venta, alquiler o hipoteca del tiempo en el mundo europeo medieval después de San Agustín. Como en el caso de la eternidad, el tiempo cotidiano que corría de día en día, pertenecía solamente a Dios.

Las raíces de la concepción del tiempo heredado de la Antigüedad Tardía conforman a la concepción más temprana—y más reconocida—de las discusiones de la naturaleza abstracta y experiencia humana del tiempo. Este concepto del tiempo se encuentra en las *Confesiones* de San Agustín.

Agustín de Hipona nació en lo que es ahora Argelia, en el Magreb medieval del Norte de África en 354 A.D. Fue profesor de retórica en Cartago y en Milán, antes de ser nombrado Obispo de Hipona en 395 A.D.

Cuando joven, había rechazado la religión de los cristianos, pero, al fin, se convirtió a la edad de 32 años. El Libro XI de sus *Confesiones* contiene una larga y fascinante exploración del tiempo en su relación con Dios en la cual Agustín declara [en resumen] lo siguiente: cuando decimos que un evento o un intervalo de tiempo es corto o largo, se tiene que preguntar ¿qué es lo que estamos describiendo? No puede ser lo que ya es pasado, debido a que eso ya no existe, y lo que no existe no puede tener propiedades en el presente. Pero tampoco puede ser lo que es presente, porque el presente no tiene duración: es instantáneo, un mero punto en el flujo del tiempo.

La solución que ofrece Agustín a esta adivinanza es que lo que estamos midiendo cuando medimos la duración de un evento o intervalo de tiempo, existe solamente en la

memoria. Y de esta premisa concluye que el tiempo en si es algo que existe en la mente. El proceso, entonces, de medir tiempo es el de medir algo que existe completamente en la mente. De esta premisa surgen todas las posibilidades de solipsismo y relativismo cultural.

El sistema de contar el tiempo desde la Encarnación (un hecho que reside en la memoria) es el método de asignar fechas durante los siglos tumultuosos de la transición desde la Antigüedad Tardía hasta la Temprana Edad Media en la Cristiandad—Europa Occidental y la Cuenca entera del Mediterráneo.

La Cristiandad, después de los tiempos de San Agustín, volvió a ser todo un terreno agrario. Los ritmos rurales y agrícolas del tiempo no implicaban prisa en el ritmo de la vida de las poblaciones. Tenían la exactitud del tiempo sin cuidado. La medida de la productividad era la jornada de los jornaleros (es decir, un *journal*: lo que se hace desde que se levanta el sol hasta que se oculta). El único marco temporal eran las horas canónicas de los monasterios que medían las horas de oración y de comida de los que llevaban como obra profesional orar: Prime (se levanta el sol); Terce (9:00 A.M.), Sext (mediodía); Nones (originalmente 3:00 P.M. pero se cambió a “noon” (i.e., mediodía); Vespers (se pone el sol) y Compline (hora de acostarse).

El pueblo del campo en los tiempos que se llaman casualmente

“medieval” vivían conceptualmente en islas de tiempo mentales y culturales, sin conceptuar un mundo antes de sus padres. Los marcapasos del tiempo en este entonces eran las estaciones del año, festivales litúrgicos de la iglesia y, más tarde, en el siglo XII comenzaron las ferias de comercio o de placer. Esta vida se parece a la vida en el campo hoy donde las campanas de las iglesias y el sol marcan el tiempo más que los relojes. Eso antes de que las poblaciones emigraran a las ciudades con sus timbres y alarmas de fábricas.

Pero la creación de una unidad normalizada de la Cristiandad por los esfuerzos de San Gregorio el Grande y San Benito de Nursia (siglo VI en adelante) desde Roma era de convencer a la Cristiandad entera sobre cómo celebrar los festivales del calendario litúrgico de la Iglesia Romana en el mismo día, además de cantar la liturgia en el mismo estilo y en la misma manera. No podía ser que en una parte de la Cristiandad era tiempo de Cuaresma mientras que en otra parte estaban celebrando la Pascua o el Corpus Christi.

Comenzó, entonces, el cambio paulatino desde regirse por el sol y las estaciones por la luz del día y el descanso de la noche, hacia un horario que provenía de las campanas de los monasterios y catedrales, respondiendo a lo encomendado desde Roma.

Pero, el pueblo celta, que vivía en lo que ahora es Irlanda, practicaba los ritos de un cristianismo

céltico, por ejemplo, calculaban el tiempo para establecer el festival de Pascua (una fiesta movable que no está situada en la misma fecha cada año) en una manera, mientras que los ingleses calculaban la fecha de Pascua de otra manera. Para resolver este desfase —un asunto asombroso que implicaba el control y uniformidad del tiempo— a instancias de Roma, se convocó al monumental Sínodo de Whitby en el norte de Inglaterra en el año 664 para uniformar el método de cálculo de esta fiesta movable del calendario litúrgico. La sentencia fue a favor de Roma.

Los cristianos de Irlanda tenían que cambiar no solamente la fecha de Pascua y la manera de tonsura de los monjes, sino que también tenían que comenzar a adorar principalmente a la Virgen María quien ahora desplazaba a la santa nacionalista de Irlanda, Santa Brígida. Pero pasaron siglos antes de que se internaran y comenzaran a practicar estas uniformidades.

Fue un susto mayúsculo cuando se estableció el único método para determinar la fecha de Pascua porque en algunas localidades se perdieron varias semanas del tiempo. Casi había disturbios e insurrecciones porque la gente se levantaba furiosa por pensar que habían quitado más de varias semanas de su vida en esta tierra. Y el tiempo se fue privatizando aun más.

Para implementar las decisiones del Sínodo de Whitby, el Papa

mandó un monje griego a Inglaterra en el año 669 para ayudar en la implementación y promulgación de la aceptación de este nuevo "tiempo" que conformaba con el tiempo litúrgico ordenado por el Obispo de Roma. Así llegó Teodoro de Tarso a Inglaterra y fue nombrado Arzobispo de Canterbury con el poder de ordenar el tiempo en Inglaterra e Irlanda en el siglo VII.

Ahora, en nuestro ejemplo de la privatización del tiempo y sus usos, después de Teodoro de Tarso, en Londres, se lee de los efectos de la privatización del tiempo en la cultura anglosajona (en un mundo agrícola y guerrero), en particular,

La vida actual del hombre, oh Rey, parece ser, en comparación con aquel tiempo que no es conocido a nosotros, como el vuelo veloz de un gorrión por el salón donde Usted está sentado, cenando en medio del invierno, con sus comandantes militares y ministros, y una buena fogata en medio, mientras las tormentas de lluvia y nieve prevalecen afuera. El gorrión, digo yo, volando, entrando en una puerta y saliendo inmediatamente por medio de la otra puerta, está seguro de la tormenta de nieve, solamente mientras está en los momentos breves adentro del salón. Pero después de este espacio tan corto de clima bello, se desvanece inmediatamente de su vista y entra volando en el invierno oscuro y tempestuoso de donde había surgido. Así es esta vida del hombre. Aparece por el corto espacio de un momento. Pero de lo que era antes, o lo que seguirá siendo después, somos enteramente ignorantes. Si, por lo tanto, esta nueva doctrina [el cristianismo] contiene algo más cierto, parece justo seguirla.

Pero el control del concepto y uso del tiempo no se paró allí en la conversión y urbanización de la Cristiandad. Se sobrevinieron

en la Inglaterra anglosajona del siglo VIII A.D. Veamos una expresión nostálgica de la brevedad, la pérdida y la velocidad del tiempo combinado con la ignorancia de donde proviene el hombre y de la vida después de la muerte.

El filósofo y teólogo Beda el Venerable, Santo, Confesor y Doctor de la Iglesia, Abad de los Monasterios gemelos de Wearmouth y Jarrow en Northumbria, nos deja documentación de este concepto del tiempo Anglo-Sajón en su *Historia Eclesiástica de Inglaterra*, unos 70 años después del Sínodo de Whitby, en su recuento de la conversión del Rey Edwin de Northumbria,

encima todos los cambios del tiempo litúrgico con que marcaban el ritmo de la vida de los europeos: el tiempo del mercader, del comer-

ciante, de la ciudad y de la campana municipal y este instrumento tan misterioso y revolucionario, el reloj. Pero no aparecían puertas físicamente cerradas que se tenían que romper para entrar en este nuevo tiempo de los banqueros ya que fue un proceso que no se veía físicamente. Fue casi como irrumpir victorioso por una puerta que permanecía siempre abierta—o sea, un movimiento efímero, invisible e intangible hacia otro reino de pensamiento y tiempo.

Estos conceptos de dividir y usar el tiempo en el proceso de privatización fueron ganando terreno contra el tiempo aislado de cada aldea. Eso se dio en forma lenta pero obligatoria ya con el surgimiento de las ciudades, ferias, el funcionamiento de banqueros y la conformación de las grandes redes financieras internacionales. Se medía el tiempo, se cobraba por del alquiler de tiempo y se calculaba ahora por relojes municipales el tiempo de la jornada del trabajo. En este traspaso del tiempo se fue privatizando el tiempo de Dios simultáneamente con los resentimientos y levantamientos de los que trabajaban por destajo o por hora.

En estos momentos, un filósofo francés, Guillermo de Auxerre (1160 – 1229) formuló la distinción entre el tiempo de Dios y el tiempo del mercader para la Cristiandad: El tiempo pertenecía a Dios y la Iglesia era su intérprete y su dueña: no se lo puede vender, alquilar ni hipote-

car. Los mercaderes, prestamistas, banqueros, comerciantes, dueños de barcos y muelles, no vendían, dijo Guillermo, nada más que la esperanza del dinero, es decir, tiempo. En eso se estaban vendiendo el día y la noche. Pero el día es el tiempo de luz y la noche el tiempo de descanso. Por lo tanto, están vendiendo la luz y el descanso eterno. Este análisis cobraba larga vida, pues, Guillermo escribió en un resumen de oro: la *Summa aurea* del siglo XIII. He aquí una división entre el tiempo de Dios y el tiempo del mercader, del jornalero, del artesano, de los funcionarios de los estados en formación en Europa.

Simultáneamente, en el norte de la Cristiandad desde el siglo XII, en lo que iba ser el país y nación de Francia, las costumbres del campo de convocar un mercado local se conjugaban con el comercio internacional para la apariencia de las ferias. Se comienzan a marcar el tiempo de pago de deudas y préstamos entre mercaderes y banqueros por los tiempos establecidos por los intervalos entre la convocatoria de las ferias. Las campanas municipales marcaban las horas de un tiempo privatizado por el comercio y por los gobiernos locales (cada municipalidad o ciudad con diferente tiempo, eso sí).

Entre las críticas principales contra los mercaderes fueron las condenaciones de la Iglesia de que ellos sacaban ganancias por vender el tiempo en los préstamos.

Eso contaba como usura porque el tiempo no pertenece a los hombres, sino a Dios. Aquí se pone en tela de juicio toda la vida económica al comienzo de la internacionalización del comercio en las ferias del sur de Francia, en Brujas por el Mar del Norte, en Londres, y en Italia donde los Médicis eran todavía solamente banqueros. El tiempo ya perteneció, en la práctica, a la vida seglar. Se había pasado por un empuje triunfal contra una puerta ya abierta. Pero sin duda, la vida ha cambiado por este empuje.

El manejo del concepto de tiempo es también algo que se tiene que entender para manejar una sociedad desde el gobierno de un estado. Si hay un desfase entre la concepción del valor del tiempo entre la administración gubernamental del estado y la población que trabaja y entre eso y las naciones con quienes tienen que mantener relaciones diplomáticas, puede ser la causa de grandes ansiedades y alteraciones en las instituciones que gobiernan un país (a quienes ahora pertenece el tiempo que antes pertenecía al pueblo en la concepción psicológica del campo y la vida rural enterrado en la memoria nacional).

No estamos hablando de la invención e implementación del uso de relojes ni campanas de fábricas, si no de los conflictos empotrados en la conciencia nacional entre estos instrumentos que dividieron el intangible tiempo de Dios (interno y

externo del pueblo) y los instrumentos de marcar el nuevo tiempo y los administradores—ya sean obispos o mercaderes--que manejaban hasta las fricciones entre las clases de una sociedad, el funcionamiento de un gobierno o la presencia o falta de presencia de una nación en la escena internacional.

Las manantiales culturales de donde surgen las percepciones del tiempo de otros en contraposición con los conceptos de tiempo en concepciones nacionalistas de tiempos de antaño están presentes en las posibilidades para el éxito o para el enfrentamiento con el mundo externo—acordándonos que la premisa de donde partimos es que el tiempo, a través de los siglos, es, principalmente, una construcción mental, de memoria--de memoria cultural que sufrió procesos de privatización a través de los siglos. Una vez que hayan pasado a vivir estos nuevos conceptos culturales del tiempo, estos pasan una especie de metamorfosis que los convierten claramente en los asuntos legales, políticos y comerciales tan volátiles cuando están impuestos en la vida de las poblaciones.

Llegando a los Renacimientos que se filtraban en la vida cultural de los centros urbanos de los siglos XIV hasta XVI en el Sur y Norte de Europa, encontramos que el hombre se ha apoderado completamente del tiempo en esta tierra con el auge comercial que representaba los períodos antes y durante estos

Renacimientos. El hombre ya podía regatear con Dios por el tiempo que antes era divino.

Pero pasamos al siglo XVI y examinamos un concepto del tiempo promulgado por Francisco Suarez, un jesuita español, quien en su obra *Disputationes Metaphysicae* (1597) presenta la misma idea que San Agustín pero con un cambio espectacular: que el tiempo es o virtual o mental hasta tal grado que se puede llegar a descartar el tiempo real o histórico (*DM* II.4.12). La vida psicológica e interna, en este esquema, prevalece sobre la privatización externa del tiempo de los banqueros y mercaderes. La Iglesia, por tanto, triunfa de nuevo.

La privatización del tiempo en la vida temporal, sin embargo, al otro lado del Canal de la Mancha, estaban pasando revoluciones y guerras civiles en la Inglaterra del siglo XVII. Allí, fue el Parlamento

que funcionaba como el estado que dominaba (en los países Protestantes) la vida interna y pública de la población. Las urgencias temporales de los insurgentes bajo Cromwell saturaron las resistencias contra y la decapitación del rey católico Carlos I en la Guerra Civil, en Inglaterra, en el siglo XVII.

El fenómeno del tiempo pasando urgentemente con ansiedad se encuentra en la poesía de los más Protestantes de los poetas de Inglaterra. Los poetas John Milton y Andrew Marvell externaron en su poesía, como militantes y apologistas de los Protestantes que eran, las ideas necesarias de un concepto del tiempo apresurado. Por supuesto, estas ideas eran presagios de una vida nacional en la que se estaban implantando los comienzos de la Revolución Industrial. Marvell, en su famoso poema del año 1681, "A su esquiava amada", expresa no solamente ideas amorosas:

Pero tras de mi espalda siempre escucho

*La carroza alada del Tiempo, apresurándose, acercándose...**

[But at my back I always hear

Time's wingèd charriot hurrying near....] "To His Coy Mistress" (1681)

En este punto tenemos que parar el reloj junto con cualquier accionar de un espejo enterrado por medio de lo cual hemos examinado y comparado la vida rural de la Cristiandad en la Edad Media con la vida temporal en las áreas rurales de los países agrícolas en vías del desa-

rollo. Las revoluciones industriales hoy en estas sociedades del siglo XXI imponen la consiguiente intensificación y privatización del tiempo. En este año de Nuestro Señor de 2008 un país como El Salvador está en la mera antesala de una industrialización que está cambiando todos los

conceptos de antaño del tiempo y que ahora compiten con el nuevo "tiempo" de los tratados internacionales y la presencia del país en el contexto internacional.

Las transformaciones en los conceptos del tiempo desde el tiempo que pertenece a Dios hasta las forzosas transiciones hacia el tiempo de los banqueros, examinadas

arriba, inevitablemente transforman la vida cultural de la población y de la nación entera.

Las resistencias y aceptaciones a estos cambios en el concepto del tiempo impuestas por la industrialización de El Salvador deberán ser entregados a los poetas.

Junio de 2008

BIBLIOGRAFÍA

[Estos títulos están en la Biblioteca – "P. Florentino Idoate, S.J."]

Beda. *The Reckoning of Time*. Traducción, notas y comentarios de Faith Wallis (Liverpool University Press, 2004)

Dohrn-Van Rossum, Gerhard. *History of the Hour. Clocks and Modern Temporal Orders*. Traducción de Thomas Dunlap (Londres y Chicago: The University Press, 1996)

Herrin, Judith. *The Formation of Christendom* (Princeton University Press, 1999)

Holford-Strevens, Leofranc. *The History of Time. A Very Short Introduction*. (Oxford University Press, 2005)

Porro, Pasquale, Ed. *The Medieval Concept of Time. The Scholastic Debate and its Reception in Early Modern Philosophy* (Leiden, Boston, Colonia: Brill, 2001).

Teske, Roland J., S.J. *Paradoxes of Time in Saint Augustine. The Aquinas Lecture, 1996* (Marquette University Press, 1996)